

EL NADIR

JEAN CLAUDE MASSON

Traducción de Aurelia Álvarez Urbajtel



Lleva el turbante de color azafrán de los días santos, un tabardo blanco de lana ligera sobre la túnica ambarrina, sandalias de cuero grueso, en la cintura un puñal de plata con el mango adornado, ribeteado, enroscado, y la funda de cuero estampado de Córdoba. Va por la ciudad impía, lleva en los labios una cuarteta obsesiva; es de un *diwan* muy antiguo, y cree haberla forjado en su insomnio:

No fui capitán
cuando los poetas le cantaban a la espada,
pero si mis dedos tocan un arma,
ahora el recuerdo de la sangre.

A sus pies, el pavimento está bañado de luz. Mira fijamente el sol en la cima de su trayecto. Alrededor, las calles están vacías. Hay una gota sobre la sien, que se desliza sobre la mejilla lampiña.

Desemboca en una amplia explanada en la que se levanta una hilera firme de cúpulas y torres gigantescas. A un lado, advierte un nido de sombra: un dosel de tela blanca, un poco sucio, que cubre dos bancos de madera. En pleno sol, unos chiquillos con pantalones cortos, descalzos y con la camisa de gran cuello abierto, rompen hielo traído en mulas de lo alto de la sierra. Con gesto lento, gracioso e imperioso a la vez, les señala a los chiquillos una de las canastas de fruta puestas en el mismo suelo, junto a las carretadas de hielo, y se sienta en una banca.

Vertical, la luz no ha bajado. Toma espacio una última cucharada de nieve de granada, eructa resueltamente, masculla una palabra incomprensible. Desliza la mano por el tabardo bordeado de seda, y saca una pequeña pieza de oro, cuadrada.

Va y viene por la explanada. No se oye nada, sólo el eco de unos golpes irregulares, amortiguados, que provienen del templo más elevado, de cúpulas realzadas con losa esmaltada y tejas barnizadas. La puerta está completamente abierta. Disminuye el paso, duda, sigue su camino. Al final de la explanada, cerca de las ruinas de un muro antiguo hecho de piedras ciclópeas, se detiene ante dos construcciones de ladrillo pardusco: una

torre gruesa, chaparra, inclinada hacia la izquierda; y una torre delicada, afilada, que se aloja a la derecha. Se da la vuelta: a unos cien metros, umbrosa, la puerta del templo sigue abierta.

Vuelve sobre sus pasos. De pronto, dos bandadas de palomas, como expulsadas por el techo del templo y los altos caserones que le hacen frente, al otro lado de la explanada, se cruzan en un revoltijo de plumas grises y, aspiradas por el suelo, caen en picada y se posan sin un rumor de alas.

La sombra de la puerta huele bien: una mezcla de piedras frescas, de espacio puro, de incienso. El eco de los golpes irregulares se acerca. Duda de nuevo, se inclina hacia adelante, pone la mano sobre la correa de una sandalia, luego se endereza bruscamente y cruza el umbral con paso decidido. En el cielo deslumbrante caen tres campanadas; resuenan sordamente, como piedras al fondo de un pozo seco.

Entre las pilastras, el suelo está cubierto por baldosas de mármol amarillo. El hombre se detiene, perplejo. Alza la mirada, examina la nave, luego la baja de nuevo hacia el suelo. No, se dice, no tengo visiones. Si tenía la impresión de caminar sobre el techo, es porque estas líneas, en mármol negro y blanco, incrustadas en esas baldosas amarillas, corresponden a la proyección de las aristas de la bóveda. ¡Los míos les enseñaron esto, se dijo, estremeciéndose, los míos elevaron estos muros!

Los golpes intermitentes se acompañan ahora por gritos, órdenes breves, voces roncadas, implacables. Bajo un domo, unos obreros levantan un andamio. A un lado, apoyado en una columna, un hombre los mira. Joven, de gran estatura, de cara ancha. El ojo es negro, las mejillas bermejas, la nariz chata, la boca de labios gruesos. Abundante cabellera rizada y revuelta. Lleva calzas café, una amplia camisa blanca, con el cuello muy abierto, una levita plisada, gastada, botas cubiertas de polvo.

El andamio alcanza la base de la cúpula. Los obreros casi han acabado: dan los últimos martillazos, verifican la solidez de los cordajes, silban ligeramente.

— Maître François, ¡todo está listo! grita uno de

ellos. El hombre joven menea bruscamente la cabeza, como sacado de una reflexión.

—¿Y mi material? pregunta con voz grave, sorda.

— Ya está ahí.

Maitre François se quita la levita, sube lentamente, pesadamente, por el andamio. El obrero no le quita la mirada de encima, como si espiera, como si sopesara cada uno de sus gestos. Se le escapa una risa:

— A este ritmo, señor mío, llegará la Trinidad.

El visitante esboza una sonrisa, y, temiendo ser descubierto, se oculta detrás de una pilastra.

Maitre François llega a la cima del andamio. Se le oye resoplar hasta abajo. Les habla a los obreros. El visitante no entiende bien, pero ve que los peones bajan en un instante. Los oye salir.

Sólo ve las calzas del hombre de pie, arriba, y una manga blanca, bombacha, que se levanta. Pronto, en el centro de la cúpula, surgen formas, contornos, esbozos de figuras.

El sol hace girar el polvo por los vitrales. Arriba, el hombre suspira, gruñe. Luego echa pestes, reniega, se encoleriza, suelta un objeto que cae a los pies del visitante. La orilla del tabardo está recubierta por algo rojizo, viscoso. ¡Maldito Kafir!, refunfuña, ¡este perro cristiano! Escupe en sus manos y se limpia los dedos, lentamente, sobre la pilastra.

El andamio tiembla, vibra bajo un paso pesado; se oyen tronar las juntas. El hombre baja unos peldaños, pasa por encima de los travesaños, golpea la estructura. Jaea. De un brinco, cruza el último piso.

Sacude el polvo de sus mangas y se frota largamente las manos.

— Buenos días, dice una voz detrás de él.

— ¡Quién diablos!.. responde con una media vuelta instantánea.

Aprieta los puños, con la frente crispada.

— Perdóneme. No le deseo ningún mal, dice el visitante en un español aplicado.

Maitre François mira a su interlocutor de arriba abajo, lo examina de hito en hito, sin miramientos, sin un parpadeo. Curioso disfraz, piensa al mirar el tabardo; hace una eternidad que ya no se lleva eso. Observa el ojo gris oscuro, jaspeado de verde, la barbilla lampiña, los labios delgados, ligeramente cenizos, el bigote fino como un trazo impetuoso hecho con mina de plomo sobre el rostro oliváceo.

— ¡Sólo faltaría eso! —dice al fin, con tono jovial, que me deseara algún mal. Señor, a qué se debe el honor...

— Mi nombre no tiene importancia y, perdóneme una vez más, le costaría trabajo repetirlo, y más aún recordarlo.

— Sea, señor moro. ¿Me permite otra pregunta?

El visitante no chista.

— ¿En dónde aprendió nuestra lengua?

— Estuve mucho tiempo en sus enclaves africanos, en Ceuta, y en Larache. A decir verdad, hace cinco años que recorro sus tierras.

— Pues no tienen gran cosa que enseñarle. En fin, eso me temo.

— Pues me han enseñado su nombre, por ejemplo, Maitre François, responde con voz guasona.

— ¿Y frecuente usted los santuarios de los infieles? prosigue el otro, en el mismo tono.

El visitante no responde. Alza la vista hacia la cúpula.

— ¿Qué está reproduciendo ahí? inquiera con voz más baja, como con timidez.

— No reproduzco nada, señor, —replica Maitre François con un suspiro de agobio, y una pizca de contrariedad en la voz—. Pinto. Pinto la Paciencia, añade, y se suaviza.

— ¡La Paciencia? repite el visitante con una sonrisa divertida.

— Sí, tiene razón para sonreír. No es realmente un rasgo sobresaliente de mi pueblo. Bueno, de mi pueblo... murmura.

— Curiosa idea, sin embargo, la de representar, perdone mi insistencia, figuras humanas, y además en un templo.

— Y sin embargo mi maestro, Bayeu, lo hizo mucho antes que yo, responde el otro rápidamente, como para eludir la pregunta.

— Tiene usted el arte de parar en seco.

— Sí, a las discusiones inútiles, y desde hace mucho. Ya le he dicho que no reproduzco nada, ni a nadie, por cierto. En cuanto a las alegorías, la Paciencia en particular, me importan un comino. Lo que me interesa...

— ¿Sí?

— Lo que me interesa *por el momento* —dice, y se para las sílabas—, es resolver problemas de *pintura*. Más bien debería decir: formular las preguntas con claridad. Entonces, que me paguen para pintar la Paciencia, la Continencia o todo lo que usted quiera, eso es lo que menos me preocupa. Yo pintaría estiércol, si fuera necesario. Además —dice en tono más bajo, malicioso— ya he hecho algo mejor.

— ¿Y cuáles son esos problemas que le plantea su arte, en fin, me atrevería a decir, su artificio?

— Es muy simple, señor, dice el otro, tajante—. En el fondo, es mostrar los huesos al pintar la carne. No hacer trampa.

— Entonces es todo lo contrario de lo que pude ver en sus juegos de baraja...

— Exactamente. ¿Cómo hacer para no ganar en ese juego funesto que jugamos cada día, con muchos engaños, y rivalizando en apariencias?

— O me equivoco mucho, o su objetivo no será muy del agrado de sus comanditarios, incluso de sus protectores.

— Aquí tampoco seré el primero, señor. Pero pronto, muy pronto, todo eso va a cambiar.

— ¿Quiere decir que los hombres, de pronto, van a dejar de hacer trampa?

— ¡Sí! ¡Y de recuperar con la mano izquierda lo que fingen dar con la derecha! Y de predicar lindas palabras rimbombantes que no vienen al caso. Sí, señor moro, en Europa les vamos a cerrar el pico a los mentirosos, a los acaparadores, a los tiranos, a los tartufos.

— Pero si no me equivoco, su país siempre se mostró hostil a cualquier cambio. ¿No eran ustedes los artesanos de un... como dicen ustedes... de un concilio?

— ¡Esa infamia de Trento! Lo que ocurre, señor, es que no está usted aquí en Europa, sino en una nación postrada, que venera sus taras y se inclina ante sus cadenas. Por cierto, me voy a ir de aquí. ¡No soporto a esta raza de faquines, de insolentes y de brutos!

— Es muy severo con un pueblo que tantas veces se mostró tan valiente.

— Sí, en contra de sus antepasados. Luego de sus correligionarios, los otomanos. Porque llevaban la rabia en las tripas. También hay que admitir que es valiente ante la tierra que Dios le dio y que no le cede nada de buen grado. Por lo demás, de buena gana ensayaría su valentía, como usted dice, con todo lo que irradia un poco de inteligencia.

— Si eso es verdad, la culpa la tienen sus amos y soberanos.

— ¡Claro que sí, señor! Y créame, espero que un día cuidaré sus retratos. Pero le decía que ya me harté. Pienso ir más allá de los Pirineos, para tomarle el pulso a Europa. Se preparan grandes cosas.

— Cuidese de la fiebre de las ideas. Corroe más despacio que la otra, pero no es menos temible.

— No es fiebre, señor. Es la pasión de la libertad.

— ¿La libertad? ¿Qué falso profeta le predicó semejante herejía?

— El hombre. Sólo el hombre.

— ¿Y dónde está su Dios en todo esto?

— Dios es perfecto. ¿Qué quiere que entienda de nuestras desgracias? No se mete con la historia.

— Dios es perfecto, usted lo ha dicho. Por lo tanto, conoce cada uno de nuestros destinos— y los fines últimos de este mundo.

— ¡Pero qué obsesión tiene usted con su destino! Es la mejor manera, en verdad, de desentenderse de todo. ¿Ha leído *Zadig*, señor? Ese nombre no debería resultarle desconocido.

— No, no conozco ese libro.

— Tal vez más valdría que no lo conociera. Tampoco la Enciclopedia de esos filósofos que están despertando a los muertos en Francia.

— ¿Es realmente ése el trabajo del filósofo?

— Como le decía, más vale abstenerse. Porque al leer a esos señores, sus certidumbres caerían una detrás

de otra. Ya no encontraría refugio de buena fe en su verdad estereotipada. Vería a qué grado nuestro mundo va a zozobrar. No el suyo, por desgracia. Mañana, sí, mañana...

— Su "mañana" me recuerda lo que decía un poeta.

— Hay toda clase de poetas. Pero lo escucho.

— Bien. Poco antes de llegar a Zaragoza, me detuve en una ciudad cuyo nombre conserva el recuerdo de los mfos: Qalaat Ayub, que ustedes llaman Catalayud. Ahí visité las ruinas de lo que fue una rica ciudad romana.

— Bilbilis. Nació no muy lejos de ahí.

— ¿Ah? Así que es usted aragonés. Pues bien, al atardecer, en la posada —mire que estuve a punto de ayunar; como de costumbre en ese país, la hospedera sólo preparaba los alimentos que llevaban los viajeros y en toda la ciudad no encontré un carnicero que vendiera otra cosa que ese animal inmundo...

— ¡Bien, bien!

— Entonces, en la posada, un hombre extraño, nativo de Calanda, me recitó unos versos de un poeta latino, originario de Bilbilis y famoso entre ustedes.

— Marcial, en efecto.

— Por desgracia, sólo recuerdo los dos primeros y los dos últimos versos, que pedí que me repitieran varias veces. Son éstos:

"¡Mañana! ¡Viviré mañana!", dices siempre.

Pero dime, ¿acaso tu mañana llegará algún día?

Y el finale:

¡Mañana! ¡Pero si hoy ya es demasiado tarde!

El sabio, tras de saberlo, ha vivido desde ayer.

— Los romanos tenían la misma manía que ustedes: ¡la fatalidad! Por ese motivo, acabaron como usted sabe. Dicho esto, usted recita muy bien los versos. ¿Sería usted poeta?

— Sí, bueno, a eso aspiro.

Maître François sonrre, cómplice.

— Usted hablaba de Francia —prosigue el visitante—. ¿Quién le asegura que estaría mejor ahí que con los suyos?

— Me lo dijo mi maestro, y yo lo creo sin dificultad. Por lo demás, un hombre nacido cerca de Catalayud, en Belmonte —de hecho, ese monte es como cualquier otro— escribió, en el siglo pasado, un libro sulfuroso que contribuyó a su perdición y en el que anotaba: "La patria es la madrastra de las perfecciones eminentes; la envidia reina en ella como en su país natal... Hemos visto hombres que eran la hez de un pequeño cantón, y que ahora son el honor del mundo, reverenciados también por sus compatriotas y por los extranjeros: por unos, porque están lejos de eso, y por los otros, porque son de lejos".

— Es posible —asiente el visitante—. Pero dígame, ¿sus filósofos de Francia son tan blasfemadores como ustedes?

— Bastante más, pero no se apure, saben controlar-

se. Su vestimenta le habría gustado a Monsieur de Montesquieu, y sus razonamientos divertirían a Monsieur de Voltaire. Al respecto, ¿piensa usted que era un decreto divino, la voz del destino, si los habitantes de Lisboa, últimamente, vieron su ciudad destruida, arrasada de un día para otro? ¿Y qué decir de esos pobres londinenses, hace apenas cien años, arrojados vivos a la fragua de los cíclopes? ¡Qué tormenta! ¿Sería para castigar sus extravíos religiosos?

— No, Maître François —dice el visitante con una sonrisa sin malicia—, nunca he pretendido que Dios se creyera incendio o temblor.

(Es curioso, piensa el pintor: este hombre escoge sus palabras como se recogen frutas. Y ese acento, del que a veces emana como una re..., sí, ¡una refulgencia de acero!)

— Dejémoslo aquí, ¿quiere? —dice con voz conciliadora—. Sabe mi nombre y de dónde vengo. Yo en cambio, lo ignoro casi todo de usted. ¿Aceptaría decirme de dónde viene, y el fin de su viaje?

— Vengo de Alejandría, en Egipto. Por las arenas de Libia y del Magreb. Pero yo no viajo —lo mismo que usted no representa—, soy peregrino.

— ¿No tomó el camino equivocado? Me parece que se fue dándole la espalda a su ciudad santa.

— Estoy visitando una lejana patria de los mfos. Primero toqué las riberas de Algarve —Al Fagar es su verdadero nombre—, con sus vecinos del sur, en donde se ilustran los arquitectos del marqués de Pombal. Recorrí Andalucía, el Levante, las dos Castillas, la región de Valencia. Entré en recogimiento en las tierras de Averroes, de Mutamid, de Ibn' Arabí, de Ibn Zaydun, pero también en las de Maimónides, en las de Moisés de León y de su gran monarca, Alfonso X el Sabio.

— Mencionó a Maimónides: ¿no estableció una distinción decisiva entre el tiempo cíclico de los Antiguos, en que nada, jamás, podía cambiar en profundidad, y nuestro tiempo lineal, en que el hombre imprime su huella? —No hemos leído al mismo Maimónides. El hombre sólo imprime las huellas que le están destinadas. Es el sentido exacto de la expresión "todo está escrito"— muy alejado de la significación, vulgar, que tantos cristianos le dan. De aquí en adelante, todo está obrando potencialmente en la revelación divina; la totalidad del devenir. Por lo que basta descifrar el Libro. Hay que traducir, interpretar, transcribir los números, los tropos, las cláusulas de las santas escrituras, a fin de elegir lo correcto, de actuar conforme a ese propósito, cuya finalidad, en este bajo mundo, permanecerá secreta para nosotros. ¿Me oye? Todo se encuentra en lo escrito, lo cual no significa que todo esté dicho.

— ¡Ah! Las tribulaciones teológicas. Prefiero, por mi parte, los malabarismos geográficos. ¿Acaso la tierra no es la palma de Dios, entre los dedos estrellados del

universo? ¿Y si volviéramos a su itinerario en este país...sospechoso?

— Ya casi terminé. Como ve, ahora estoy de visita en Aragón, célebre por los trabajos de los que usted llama los mudéjares. Mi peregrinación casi ha llegado a su término: Navarra, Tudela.

— ¡Tudela! ¡Pero si es un hoyo! En el culo de Judas, como dicen los portugueses. Y cuídese de los navarros. Manejan el cuchillo tan bien como los suyos.

— ¡No soy un saltimbanqui, señor! —dice el visitante con un asomo de impaciencia—. Voy a Tudela porque era la patria de uno de los más grandes viajeros del pasado, de nuestro pasado común, el judío Benjamín de Tudela.

— Pobre amigo —dice el otro con suavidad, y deja caer las brazos—. El rabino Benjamín de Tudela. Eso se remonta, si no mal recuerdo, a más de cinco siglos.

— ¿Qué es la cuenta de los años?

— No me está entendiendo. Respeto la fidelidad de su memoria, su nostalgia por una España en que a veces, y digo bien a veces, vivíamos en buenos términos con los judíos y con sus antepasados. Pero esos tiempos ya pasaron, y desde hace mucho.

— Como sin duda no lo ignora, Benjamín de Tudela visitó durante mucho tiempo el Oriente, las tierras de Islam. Pues le estoy correspondiendo.

— Ciertamente. Pero Tudela fue destruida y reconstruida tantas veces... No encontrará nada ahí, y menos las huellas de ese hombre que a todo el mundo, hoy día, le da exactamente lo mismo. ¿Quién, en Tudela o en otra parte, conoce todavía aunque sea sólo el nombre de su Benjamín?

— Benjamín de Tudela permanecerá en los libros y en la memoria de los lectores; no es el caso de aquellos a los que no les importa.

— No solamente da la espalda a la Meca, señor, también va en sentido opuesto a la historia. Y si bien respeto a Benjamín, sus escritos no bastarán para hacer menos cruel la suerte de los habitantes de Tudela, ni la de los de Alejandría. Primero hay que pensar en los vivos, señor; lo que necesitamos son luces. El sino que invoca es asunto de Dios, el destino es asunto nuestro. Hace un momento citaba a un poeta antiguo, cuya lengua está muerta. Conoce usted a ese inglés de nuestro siglo que escribía: "Conócete, déjale a Dios los secretos que quiere callar; el hombre es el único estudio necesario al hombre".

— ¡Sofismas! Especulaciones paganas. Nosotros detentamos la Escritura, Maître François; ¡ahl, el Kitab, las gentes del Libro, los tres pueblos de Dios, antaño reunidos sobre una misma tierra, aquí! Nuestro futuro está detrás de nosotros. Lo demás es viento.

El visitante hace una pausa. Luego añade, con voz soñadora:

— Dicho esto, me gustaría vivir en un lejano futuro.

— Así pues, le interesa el porvenir. ¡En fin!

— Pero no por los mismos motivos. ¿En dónde nació usted exactamente, Maître François?

— ¿Por qué diablos? En fin, si usted insiste. En un pueblo que se llama Fuendetodos. Otra palabra llena de afectación, pero que simplemente quiere decir fuente pública.

— ¿No es el agua el más precioso de los bienes? Apuesto, ve usted, que en el porvenir hombres como yo, o diferentes, poco me importa, recorrerán muchas leguas para descubrir su tierra natal.

— Me halaga, señor moro, realmente. Pero espero que, de aquí a entonces, el mundo habrá cambiado bastante.

Extrae del bolsillo de su chaleco un reloj abombado de oro atado al cinturón por una cadenilla:

— ¡Caray! Tan pronto.

— No me atrevía a decirselo, señor, pero, si me lo permite, me gustaría retirarme ahora. Mañana el camino será largo.

— Créame que lo siento. Pero tengo unos compromisos. Hay tantas cosas de la que me hubiera gustado hablar con usted. En fin... lo acompaño.

Los dos hombres se alejan. Al pasar frente a una capilla lateral, Maître François se detiene bruscamente:

— Un instante, ¿quiere? No me gustaría que dejara la ciudad antes de ver a nuestra madona más célebre.

Levanta la mano con lentitud, y señala, sobre un pilar, vestida con una capa de terciopelo y de gemas, una estatuilla bajo un dosel de plata.

Intrigado, el visitante se aproxima. Observa el rostro de la virgen y exclama:

— ¡Pero si tiene los rasgos y la tez de mi raza!

Oye gruñir a sus espaldas:

— ¡Ja! Nuestra Señora del Pilar, ¡Jaaa! la más antigua de la cristiandad, ¡una morisca! ¡Jajaaa!

Ve que Maître François se golpea los muslos, y suelta una risa interminable, estruendosa, torrencial; una risa, piensa, para hacerse estallar la panza.

Riendo ambos de buena gana, llegan al atrio. El sol es una bola naranja.

De pronto, el rostro de Maître François se pasma. Y por segunda vez, su frente se crispa. Observa los ojos del visitante, roza su hombro:

— Adiós, amigo.

El otro inclina la cabeza y se lleva la mano derecha al corazón:

— Que Dios te guarde, murmura al darse vuelta.

Hay mucha gente en las calles. Va con paso apurado. Hacia el río. Recuerda que, la víspera, visitó la Alfarería, la antigua fortaleza de los suyos. ¡Qué bribones! piensa, haber ultrajado este lugar, haber hecho de él un palacio para abrigar a los mismos que expulsaron a B Abdil de Al-Andalus, el más hermoso de nuestros vergeles. Y la pequeña mezquita de la época en que el Cid, el Sidi, peleaba junto a los nuestros, ofendida por esos impíos. Ibn al-Torjoman, el llamado Anselmo Turmeda, tenía razón en su *Tuhfa*: ¡malditos sean! ¡Que la peste los ahogue, que los carcoma la fiebre de cuartanas hasta la decimotercera generación! ¡Y ése, ése! —empuja a un transeúnte andrajoso que lo insulta: ¡Mierda de moro!— ese pintor, piensa con un nudo en la garganta, ¡que se vaya al demonio!, reproduciendo figuras humanas, ¡idólatra, infame!, y diciendo que no reproduce nada, ¡hipócrita!, lo que han hecho con estas tierras, tropieza con una canasta de fruta, ante una anciana en cuclillas, bajo un chal remendado, repugnante, ese loco, más loco que el amante de Leïla, completamente *majnun*, ¡qué imbécil con tu mañana! cuando todo se hizo antes, cuando en este país corría la miel a raudales, cuando mañana será peor que hoy todavía, y sin embargo qué artista, y un hombre bueno. ¡Que se joda!

Ve un álamo. Recita, a media voz, su nombre en varias lenguas. Es su árbol preferido. Desde siempre. Es un álamo negro. De pronto, una bandada de pájaros se desprende de él, se sumerge en el sol naranja.

Sus pasos lo han llevado hasta la ribera. Recuerda haber leído, antaño, en un viejo libro encuadernado en badana, que es el río más antiguo de esas comarcas, que legó su nombre a los que pueblan sus orillas. *Ebro*, dice en voz alta.

Se detiene en medio del viejo puente. Los arcos están rematados con muros semicirculares, que evocan torreones. Se inclina: ahí, al fondo, las pilas parecen estaves, proas inmóviles en el largo burbujeo oscuro.

Arroja su puñal al río impávido. 